



MENSAJE DE JUAN RAMÓN DE LA FUENTE EN LA CEREMONIA SOLEMNE EN QUE LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA LE ENTREGA EL TÍTULO DE DOCTOR HONORIS CAUSA.

Paraninfo Enrique Díaz de León.
Guadalajara, Jalisco a 30 de noviembre de 2015

Buenas tardes tengan todos ustedes.

Honorable Consejo General Universitario de la Universidad de Guadalajara;

Señor Rector de la Universidad de Guadalajara, **Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla;**

Señor Secretario General del Gobierno del Estado;

Señor Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, **Dr. Enrique Graue Wiechers;**

Señor Rector de la Universidad Autónoma Metropolitana;

Señores ex rectores;

Señor Presidente de la Feria Internacional del Libro, **Mtro. Raúl Padilla;**

Señores vicerrectores, profesores eméritos, representantes de los estudiantes y de los trabajadores administrativos que nos acompañan;

Querida familia, colegas, amigos y amigas, señoras y señores;

Confieso que me han abrumado un poco sus muestras de afecto y sus excesivos elogios. Ofrezco tratar de procesarlos con humildad y sensatez. Soy consciente del honor que representa incorporarme a la nómina de quienes



han recibido el mismo reconocimiento que hoy generosamente me confiere la Universidad de Guadalajara, al expresar mi gratitud a todos los que lo han hecho posible: profesores, investigadores, estudiantes, trabajadores y funcionarios de esta ilustre institución.

Permítaseme recordar brevemente los nombres de algunos que me han antecedido en esta tribuna y a quienes he tenido el privilegio de conocer y para quienes guardo por razones diversas admiración y gratitud. Filósofos de la talla de **Adolfo Sánchez Vázquez**, **Leopoldo Zea** y **Luis Villoro**; científicos sociales **Víctor Urquidi**, **Giovanni Sartori**, **Pablo Gonzalez Casanova** o mi contemporáneo y amigo **José Woldenberg**; poetas y escritores del tamaño de **Fernando del Paso**, recién galardonado con el Premio Cervantes, y **Hugo Gutiérrez Vega**; médicos insignes como **Ignacio Chávez**, **Isaac Costero** o **Luis Castelazo Ayala**; arquitectos fundamentales como **José Villagrana** o el gran historiador **Miguel León Portilla** que ha reivindicado como nadie nuestro pasado indígena; y luego ese fotógrafo excepcional que fue **Manuel Álvarez Bravo**, la coreógrafa cubana **Alicia Alonso** y nuestro Premio Nobel **Mario Molina**.

Pienso hoy en ellos en voz alta, con emoción, al tiempo que refrendo mi reconocimiento a esta ilustre Casa de Estudios. Mucho me honra también compartir el reconocimiento este año, con muy distinguidas personalidades, de manera particular con mi amiga a quien admiro y respeto **Elena Poniatowska**.

Es esta una institución por muchas razones admirable y respetable. Aquí saben muy bien que cuando excluimos nos empobrecemos y que cuando incluimos nos enriquecemos, por eso han sido incluyentes en esta casa con



los históricamente excluidos. Es esta una universidad orgullosamente pública, laica, de calidad y de trascendencia social inobjetable. Es esta también una universidad que conoce y reconoce, que no ignora ni olvida, y que ha sabido albergar bajo su techo lo mismo que el saber propio de la ciencia que la palabra distintiva de las humanidades.

Basta mirar y apreciar su pasado y su presente para establecer con claridad la fraternidad indisoluble con la que aquí se cultivan las ciencias, las humanidades y las artes. Porque es difícil que haya progreso cuando las tareas propias del espíritu se fragmentan, pero no se complementan y porque no hay progreso sin conocimiento y no hay conocimiento sin reflexión. Por eso la universidad debe ser como esta, ante todo, una universidad reflexiva.

Hoy en día, cuando el mundo se debate nuevamente por cuál es el mejor modelo de universidad que los tiempos actuales demandan, resurge el dilema conceptual de las dos culturas, ciencias y humanidades, como formas diferentes de aproximarse a la realidad y ciertamente razones sobran para el debate. Ocurre que siguiendo sus propios caminos los humanistas han acumulado una riquísima de observaciones que por sí mismas constituyen una visión penetrante de la naturaleza humana y que siguen siendo fuente inagotable de sabiduría y de inspiración. En tanto que los científicos usando sus poderosos métodos han logrado indagar las causas de muchos fenómenos naturales, que hasta hace poco se creían realmente indescifrables.

¿Pero son estas razones inequívocas para disociarlas en el modelo pedagógico de una institución universitaria? Pienso que no, pese a que en efecto ciencia y humanismos se ocupan de afectos distintos de la realidad. Por ejemplo a lo que se refiere al estudio de la vida, los científicos se ocupan sobretodo de las



estructuras y los mecanismos que son comunes a todas las formas de vida, su meta principal es el conocimiento de su sustento biológico, de su base molecular. A los humanistas en cambio les interesa más comprender los motivos de las acciones de los seres humanos, los valores que las rigen, sus aspectos sociales y culturales, sus valores estéticos y sus diversas formas de expresión.

Por ello sostengo que ciencia y humanismo son en realidad complementarios, puede decirse que el humanismo permite conocer mejor, en términos de la naturaleza humana, mucho de lo que la ciencia explica. Celebro por el ello que en esta institución hayan encontrado espacio y recibido impulso lo mismo ciencias que humanidades.

Me identifico plenamente con los diversos planteamientos que en los últimos años el rector **Tonatiuh Bravo** ha esgrimido en materia de educación superior. Porque la educación superior debe de ser en efecto un proyecto público, apoyado por el sector privado y dinamizado por el sector social. El punto de partida no es más que la idea de educación como un proceso integral, pero es precisamente por ello que el tema de educación sigue estando en la raíz de muchos de los problemas que nos agobian.

Su importancia radica no solamente, en la ya tradicional tarea de generar y transmitir conocimientos, que no es menor, pero educar es más que eso. Educar es ante todo formar personalidades, constituir a los sujetos éticos y políticos que habrán de asumir, asimilar y dirigir todo un orden cultural y moral en el que los conocimientos adquieran pertinencia y sentido. Educar es forjar seres humanos libres, sensibles, autónomos, críticos, creativos, comprometidos con la comunidad a la que pertenecen, aptos para el ejercicio



responsable de la democracia y para enriquecer y proteger la tradición cultural en la que están inmersos.

Habría que agregar que frente a la incalculable cantidad de información la que estamos expuestos cada día, hoy se ha vuelto también crítico en la educación desarrollar la capacidad para discernir cuáles son aquellos conocimientos que nos pueden ayudar a incidir positivamente en nuestro propio destino y en nuestra comunidad, cuáles si y cuáles no. Sin información no hay desarrollo, pero tampoco puede haber información sin conocimiento y conocimiento sin educación. O dicho al revés, citando a **Carlos Fuentes**, para que haya desarrollo hace falta información, la información requiere conocimiento y el conocimiento depende de la educación.

Vivimos, se dice en la era del conocimiento, la nuestra debería de ser entonces una sociedad del conocimiento pero no lo es, vivimos si acaso en los suburbios de la sociedad del conocimiento. El hecho incontrovertible es que los conocimientos hoy en día, no se generan ni se transmiten, sino que además, y sobre todo, se aplican, se patentan, se exportan, se importan, se venden y tienen un inestimable valor en el mercado. Pero ocurre que aproximadamente es el **10%** de la población mundial la que genera y controla el **90%** de todos los conocimientos que hoy disponemos y se han incorporado al aparato productivo; los demás somos consumidores.

Eso explica en buena medida porque una quinta parte de la población mundial controla toda la producción global. Saber es poder, rezaba la conseja popular de los maestros vasconcelistas en el México posrevolucionario, sin imaginar que los centros de poder económico harían de ella una realidad inmovible. Por eso sostengo, que el mejor modelo de desarrollo al que



podemos aspirar, es un modelo sustentado en la educación, en el conocimiento, en la cultura, en la ciencia y en la tecnología.

Digo educación y pienso no sólo en escuelas, sino en laboratorios, en talleres, en fábricas modernas, en empresas innovadoras, y pienso sobre todo en los jóvenes que buscan su vocación y sus familias que fincan en ellos sus esperanzas. Digo educación y pienso en iniciativas ciudadanas, en capital humano no solo abundante, sino inteligente, en la protección de las minorías y del medio ambiente, en la atracción de capitales productivos, en empresas socialmente responsables. Digo educación y pienso en la tolerancia, en el respeto a disentir, en la igualdad de derechos, en la liberación plena de la mujer y en la redistribución del ingreso. Digo educación y pienso en la posibilidad real de eliminar la justicia, la discriminación y la corrupción. Digo educación y pienso en una cultura de la legalidad que radique de una buena vez y para siempre a la incultura de la arbitrariedad.

Pero cuando pienso en la educación, también me imagino esa biblioteca fantástica a la que se refería **Flaubert**, los libros que incluía lo libros que se están escribiendo, lo que se han escrito y sobre todo los que se deberían estar escribiendo pero que nunca se escribieron. Pienso en la educación con la convicción, con la plena convicción de que una sociedad que no trasmite conocimientos es una sociedad que genera violencia y pienso en el conocimiento como un mecanismo de inclusión y de cohesión social.

Pienso en la educación como un instrumento de equilibrio, entre el estado, el mercado y la sociedad, porque es el equilibrio entre esos tres factores el que en realidad puede disparar un desarrollo con justicia. La clave sería entonces, ¿cómo es que se combina esta triada en un estado democrático? En las



sociedad más desarrolladas pesa más en el mercado, en las menos desarrolladas el peso favorece al estado, ahí radica a mi juicio el punto de atención, ¿cuál es el que predomina?

Quienes se aferran al modelo liberal deben de aceptar que este modelo genera desigualdades, ese es una de los principales problemas éticos del liberalismo, históricamente lo ha sido y lo sigue siendo. Y por otro lado, quienes se aferran al modelo social deben de aceptar que la igualdad restringe libertades, existe es cierto, un modelo liberal llamémosle de buena fe, que busca el desarrollo individual corporativo pero que no ha sabido cómo poner los límites, defiende el mecanismo de la meritocracia, pero al mismo tiempo obliga al estado a replegarse y dejar en libre vía a las fuerzas del mercado.

Quienes nos sentimos inclinados por un modelo de tipo social, pensamos que es más justo restringir algunas libertades, en aras de la igualdad, siempre y cuando haya un mecanismo transparente y legítimo de estado que verdaderamente lo haga efectivo. En medio de las tensiones que inevitablemente se dan entre liberalismo y socialismo, por ponerlos de alguna manera en términos específicos, los polos del espectro en el que se mueve la relación entre estado, mercado y sociedad, en ese contexto la educación aparece como imposible factor equilibrante, ante un planteamiento que por otro lado se vuelve ineludible. Hay que crecer para incluir, pero también hay que incluir para crecer, pero para poder incluir hay que educar.

Ocurre entonces que las políticas de inclusión, son políticas de inversión y la mejor política de inversión que conocemos es la educación. Por eso resulta inadmisibles detener la inversión en educación pública superior. Ese es el



razonamiento que subyace a la demanda y al seguiremos esgrimiendo en voz alta cuantas veces sea necesaria. Esta es una tribuna para ello, gracias rector.

Pienso que en el México actual, el principal reto que confrontamos es el de alcanzar una democracia efectiva, al tiempo que detonamos un desarrollo con justicia, porque puede haber desarrollo sin justicia ni democracia, puede haber democracia y desarrollo sin justicia, y puede haber justicia sin democracia ni desarrollo, pero se requieren los tres para que el progreso deje de ser un espejismo, para que el bienestar sea efectivamente un bien común. Ese es el modelo que podría contener la fórmula que necesita, lo que nos urge en este país, distribuir mejor el poder y al riqueza.

Al tema distributivo, el rezago educativo y la incertidumbre legal, se suman ahora la violencia, la inseguridad y el desfase creciente que observamos entre política y sociedad. La política tradicional se ha alejado de los reclamos sociales y lo que esto ha ocasionado es que la sociedad civil haya encontrado y forjado otros ámbitos para expresarse. El gran impacto de las redes sociales en la vida política del país, ha sido ése, el del reclamo creciente de una mayor participación social directa sin intermediarios, los partidos políticos se han quedado a la saga y muchos ciudadanos ya no se sienten representados en el congreso. Los jóvenes sobre todo demandan con razón formas de participación directa, sin pasar por el embudo de las cámaras, sin subordinados populares, por eso salen a las calles, se reúnen a las plazas públicas, pero las plazas públicas, tampoco pueden reemplazar al congreso, ese es parte del problema.

Ante la demanda generalizada de una mayor participación social directa y junto con la pregunta de cómo ampliar esa participación democrática, surge



también, ineludiblemente, el tema de la urgente renovación ética de la democracia. Nuestra democracia requiere una renovación ética, el problema es la falta de credibilidad de las personas y la ineficacia de las instituciones para dar respuestas satisfactorias a las demandas sociales. ¿Dónde están las instituciones capaces de responder a estos nuevos retos? ¿Cuál es entonces la institucionalidad que requerimos?

Yo sigo creyendo que los partidos políticos son necesarios, pero ya no son suficientes, ¿acaso son las redes sociales ya el quinto poder? No lo sabemos a ciencia cierta, pero este y otros cuestionamientos son absolutamente relevantes en nuestros días, no encuentro mejor espacio para discutirlos y analizarlos con rigor y objetividad que la universidad; es la universidad la que está en la mejor posibilidad de ofrecer las respuestas que la sociedad está buscando.

Es evidente el gran impacto que han tenido la ciencia y la tecnología en estos fenómenos que conciernan al estado y a la democracia, el verdadero factor de cambio ha sido, a mi juicio, el de la participación social expresada en tiempo real, es exactamente el mismo factor el que ha generado la revolución de la información y el que explica el fenómeno de las redes sociales, es el mismo factor, y su relación directa con la situación política, económica y social de una comunidad o un país.

Me parece que este es un argumento adicional más para enfatizar aún más la gran relevancia social de las universidades en los tiempos actuales, la posibilidad de analizar en espacios como este, con rigor, el origen y la naturaleza de todas estas preguntas, que surgen a la luz de nuevos fenómenos



que cada día definen con mayor peso el rumbo de nuestras vidas, las de todos nosotros.

Y así como la gran contribución de las universidades públicas a este país, radica, en mi opinión, en el proceso de construcción de un estado democrático, pienso que esas instituciones públicas ahora están llamadas a hacerlo en la concepción y el diseño de las nuevas instituciones que requerimos para dar cauce a la exigente participación ciudadana. También pienso que sólo fortaleciendo la participación ciudadana se podrá contender en ese otro flanco preocupante que hoy nos agobia, la fragilidad de nuestro estado de derecho.

No es ningún secreto. La democracia necesita leyes para que funcione, porque en una democracia pueden fallar muchas cosas, en todo caso, es un sistema imperfecto, perfectible, pero lo que no puede fallar en una democracia es la justicia, imposible por ello resulta guardar silencio a lo ocurrido en Ayotzinapa, en Toluca o en Apatzingán, tiene que haber responsables.

Colegas, amigos, señoras y señores;

Rectores, autoridades universitarias;

En medio del vórtice de esperanzas y titubeos de nuestro país, en momentos decisivos como los que estamos viviendo, en los que aún las disyuntivas parecen borrosas, acaso hoy más que nunca sea necesario precisamente el fortalecimiento de las instituciones dedicadas a la educación y a la cultura.

Así sea con la finalidad de mantener viva la utopía que ha estado presente en los mejores momentos de nuestra historia. La utopía educativa, la utopía que



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

RECTORÍA GENERAL

ha hecho posible con el tiempo a través de la educación, mucho de lo que más vale para nuestra sociedad.

De mi parte al recibir este reconocimiento reitero mi compromiso vital, mi compromiso irrevocable con las comunidades rurales, autónomas y disímbricas de nuestras universidades, no tengo dudas que es ahí donde puede forjarse nuestro tan anhelado destino individual y colectivo, un destino en donde impere una democracia efectiva y un desarrollo con justicia.

Muchas gracias.